

Un repaso al siglo XX: progreso y decadencia

OCTAVIO AGUILERA
Profesor Titular de Periodismo
UCM

LUIS RACIONERO (2000): *El progreso decadente*. Madrid, Editorial Espasa Calpe (Premio Espasa de Ensayo 2000). 210 páginas.

En lo material, hemos progresado, en lo mental y moral, nos hemos estancado. El siglo XX, visto desde lo material, es un período de progreso indiscutible –en innovaciones tecnológicas, en nivel de vida–; mirado desde lo intelectual, es un siglo de estancamiento en la filosofía y en el arte, pero no en la ciencia. Aun más: para la moral es un siglo detestable, bárbaro, inhumano, con dos guerras globales, dictaduras, racismo y terrorismo. O lo que es lo mismo: la ciencia ha progresado, la ética ha regresado y el arte titubea (la música atonal, las teorías del caos y la pintura abstracta no son síntomas de progreso, sino síntomas de decadencia de Europa).

Lo expuesto hasta aquí es el punto de partida de este nuevo libro de Luis Racionero (Seu d'Urgell, Lleida, 1940). Punto que para algunos sería indiscutible, si algo hubiera en este mundo que fuese tal. De entrada, confieso que yo me coloco de pleno en esta tesitura, aunque sé que muchos no comulgan con esta postura intelectual. Y a partir de esta creencia, el autor inicia un recorrido por la historia del pensamiento de este último siglo, sustentado en una documentación rica, variada y rigurosa. José Luis Pardo ha dicho de este libro, que obtuvo el Premio Espasa de Ensayo 2000, que es un libro práctico porque nos ahorra el tedio de tener que leer muchos otros. Y ésta sería su primera bondad, en términos filosóficos: el repaso de las teorías de los pensadores que algo nos han aportado, expli-

cándonos al mismo tiempo lo que de ellos merece ser conservado y lo que sería preferible olvidar. Se trata de un repaso tan profundo en su exposición como brillante en su prosa. Bebe en diferentes e interesantes fuentes (como Copérnico, Toynbee, Marcuse, Koestler, Nietzsche, Jung, Freud, Einstein y una larga nómina), pero Luis Racionero los pasa por el tamiz de una prosa ágil y sugestiva, de calidad literaria, evitando así caer en el peligro que acecha a este tipo de obras: la pesadez del lenguaje, el aburrimiento mortal. Y en este repaso queda bien patente la aversión del autor por la nefasta influencia del cristianismo, con manifestaciones tan perniciosas como el puritanismo y la laboriosidad calvinistas. *El cristianismo no sirve de freno, como se ha visto, al materialismo a ras de suelo de la sociedad de consumo. En la vida cotidiana, la religión ha sido desbordada no por el comunismo, como temían los reaccionarios, sino por el consumismo, que no deja ni el recurso de las catacumbas*, se lee en la página 151.

Si pudiéramos extendernos en este sucinto comentario, llegaríamos a una de las preguntas claves que se hace y nos hace Racionero: ¿cómo armonizar ciencia y religión? Estas dos fuerzas, hasta ahora casi antagónicas cuando no antagónicas por completo, están condenadas a entenderse, y en la superación de esta dicotomía se halla la salida hacia la luz, léase la construcción de un futuro mejor. *Hasta que la ciencia y la religión no hablen el mismo lenguaje, mientras los postulados de la teología no sean las hipótesis de la mecánica cuántica, el código civil deberá estar separado de la moral religiosa para librarnos de la teocracia fundamentalista, pero al precio de abandonar en el limbo del consumo materialista esa libido religiosa que, a falta de empleo más noble, acechará pervertida para atacar en las oscuras zonas irracionales de las revoluciones*, opina Luis Racionero (página 153).

Después del análisis del *contradictorio siglo XX*, el autor, que acaso salva a la revolución cultural de los años sesenta, expresada en la rebelión estudiantil y en el movimiento hippy (fenómeno éste que le pilla encontrándose en el mejor sitio de observación: trabajando en California), después de este análisis, digo, se encara con el *ecléctico siglo XXI*, y es ahí donde tal vez emerja su optimismo, no sé si con razón o no, porque entra en los siempre pantanosos terrenos de las predicciones. Aunque cree que los gobernantes acostumbran a ir dos décadas por detrás de los científicos y pensadores, el mundo puede prosperar si supera las tres grandes contradicciones del progreso decadente. Para ello hay que conseguir el avance de la ecología, la generalización del ocio y la abolición de la guerra. No se queda en formular meras ideas especulativas, sino que se atreve a indicar por donde han de ir los tiros: que la economía se convierta en ecología, sustituyendo la codicia y el egoísmo por la solidaridad; que dejemos de trabajar por dinero para hacerlo por placer, reduciendo la jornada laboral y repartiendo más el trabajo para evitar el paro (yo me pregunto cómo todavía la economía mundial no se ha per-

catado de esto que me parece elemental); y que la ONU (o algo parecido) tenga poder real para hacer imposible la guerra, superándose para ello las estrechas miras nacionalistas. Ojo: el nacionalismo cultural, *que mantiene las raíces, que refuerza la necesidad psicológica de identidad, es legítimo y necesario*. El nacionalismo contra el que se manifiesta Racionero es aquel que *aprovechando esta libido de pertenencia e identidad, la desvía hacia el rencor*. Ya que *se es nacionalista porque todos los niveles son necesarios e imprescindibles; se es cosmopolita porque la evolución de la vida tiende a niveles de evolución cada vez más amplios* (página 207). En una palabra: se puede superar la aparente paradoja de ser nacionalista en un mundo cada vez más globalizado. Por hallarme inmerso en esta onda, me he ganado más de un capón de “intelectuales” diría que fundamentalistas para no caer en calificaciones malsonantes, si se me permite esta confesión personal.

Me quedo, eso sí, con la duda de si Luis Racionero tiene demasiada confianza en las potencialidades humanas. No podremos comprobarlo, claro.